

Lois Marie Jaeck

El mito del Cadejo en obras escogidas de Miguel Ángel Asturias y Manlio Argueta
Ciencia Ergo Sum, vol. 12, núm. 3, noviembre-febrero, 2005, pp. 299-307,
Universidad Autónoma del Estado de México
México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10412311>



Ciencia Ergo Sum,
ISSN (Versión impresa): 1405-0269
ciencia.ergosum@yahoo.com.mx
Universidad Autónoma del Estado de México
México

¿Cómo citar?

Fascículo completo

Más información del artículo

Página de la revista

www.redalyc.org

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

El mito del Cadejo en obras escogidas de Miguel Ángel Asturias y Manlio Argueta

Lois Marie Jaeck*

Recepción: 10 de junio de 2005

Aceptación: 11 de julio de 2005

* Universidad de Saskatchewan, Canadá.
Este artículo se presentó como ponencia
durante CILCA XI – San José, Costa Rica. 5-7 de
marzo, 2003.

Resumen. Las visiones opuestas que tienen Asturias y Argueta acerca de los Cadejos (seres mitológicos de Centroamérica) reflejan dos aspectos del mismo mito: el Cadejo malo y el Cadejo bueno. El Cadejo malo, que roba la confianza a los seres humanos y les inspira terror, refleja las enfermedades de una sociedad basada en el engaño y la explotación. El Cadejo bueno encarna el espíritu regenerador de la naturaleza. El presente artículo compara la significación literaria del Cadejo malo de Asturias (que se asocia con rituales sanguinarios precolombinos, la Iglesia Católica tradicional, las dictaduras militares opresivas y la intervención extranjera) con el Cadejo bueno de Argueta, asociado con la confianza, la justicia, y la revolución social.

Palabras clave: El Cadejo, mitología centroamericana, la revolución social, la opresión social, Miguel Ángel Asturias, Manlio Argueta.

The Mythological Animal –“The Cadejo” in Miguel Angel Asturias’s and Manlio Argueta’s Literary Works

Abstract. Miguel Angel Asturias’s and Manlio Argueta’s opposed points of view about the nature of a Central American mythological animal –“the Cadejo”– reflect the contradictory nature of myth itself. Whereas the “Evil Cadejo” robs human beings of their self confidence and inspires terror, the “Good Cadejo” incarnates the regenerative power of the nature and protects the human beings from danger. While the “Bad Cadejo” reflects the illnees of the urban societies based on exploitation and deception, the “Good Cadejo” is associated with social conscience, social revolution and justice. This paper compares the symbolic significance of myth of the Cadejos in Miguel Angel Asturias’s and Manlio Argueta’s literary works.

Key words: The Cadejo, Central American mythology, social revolution, social oppression, Miguel Angel Asturias, Manlio Argueta

Introducción

Las versiones opuestas del mito del Cadejo que aparecen en la obra literaria de Miguel Ángel Asturias (escritor guatemalteco) y de Manlio Argueta (escritor salvadoreño) reflejan la dualidad en el significado de un mismo animal mitológico. Mientras, desde su perspectiva negativa, el Cadejo usurpa la confianza de los seres humanos mediante el terror, el Cadejo encarna, en su faceta positiva, el poder regenerativo de la naturaleza y protege a los seres humanos del peligro. En la obra literaria de Asturias, el Cadejo malo refleja la decadencia de una sociedad urbana basada en la mentira y el abuso del hombre contra el hombre. En la obra literaria de Argueta, el Cadejo bueno implica los cambios sociales a través de la conciencia y la restitución de la justicia. Al analizar cuatro obras maestras de la literatura centroamericana del siglo xx (*Leyenda del Cadejo* y *El señor presidente* de Miguel Ángel Asturias; *Los perros mágicos de los volcanes* y *Un día en la vida* de Manlio Argueta), aparecen las implicaciones literarias y sociales del Cadejo malo de Asturias, asociado con los sanguinarios rituales precolombinos, el discurso de la iglesia católica tradicional, la cohesión por parte de las dictaduras militares opresivas, así como la explotación implícita en el proceso de intervención extranjera, para compararlo con el Cadejo bueno de Argueta que implica, mediante el proceso de toma de conciencia, la integridad y la lucha social como puntos obligados en el camino a la justicia.

1. ¿Qué (o quién) es el Cadejo?

En el prólogo de su cuento *El Cadejo*, el salvadoreño José Efrén Melara Méndez sugiere que: “[...] era una especie de perro pequeño que seguía a las personas pero no les hacía daño.

Desde su perspectiva negativa, el Cadejo usurpa la confianza de los seres humanos mediante el terror, el Cadejo encarna, en su faceta positiva, el poder regenerativo de la naturaleza y protege a los seres humanos del peligro.

Aunque a veces la gente no lo veía, oía sus pasos característicos semejantes a las pisadas de un chivo” (Melara, 1997: 36). Eduardo Zepeda-Henríquez (1979: 53), en su artículo *El Cadejo, mito nicaragüense*, sugiere que el mito del Cadejo está arraigado en el imaginario social provinciano como un referente moral. Por lo tanto, refiere a la definición de Alfonso Valle en el *Diccionario de Habla Nicaragüense*, quien indica que el Cadejo salía para asustar a los trasnochadores callejeros y concluye que la presencia del personaje mitológico sugiere una forma de escarmiento ejemplar para la gente de mala vida que implica, para los nicaragüenses, el pecado de original o un remordimiento de conciencia histórica. Ese mito es el pasado hecho presente (Zepeda-Henríquez, 1979: 53).

Zepeda-Henríquez (1979: 54-57) trata de encontrar el origen de la palabra ‘Cadejo’ en la tradición mitológica griega (Zeus convirtió al rey Licón en lobo) y latina (Ovidio narra la leyenda del hombre-lobo). Además, busca el origen de la palabra en la lengua española misma, donde ‘cadejo’ significa parte del cabello muy enredada, madeja pequeña y conjunto de muchos hilos para hacer borlas, por lo que de-

duce: “[...] está claro que esas acepciones no pueden emparentarse ni remotamente con la carga semántica del Cadejo en la mitología nicaragüense” y que “[...] nuestro Cadejo sigue siendo un misterio, una maraña, como de ‘muerte-quirina’ que asusta, sin dejarse ver. ‘Cadaveresco’ y ‘Cadejo’ al mismo tiempo”.

También menciona a los ‘Texoxes’ precolombinos centroamericanos descritos por Oviedo (1959: 426): “[...] tienen por averiguado entre los indios, que estos Texoxes se transformaron en lagartos o perros o tigres, o en la forma del animal que quieren”. El cronista añade: “[...] al interrogar a un indio sobre el rapto de un niño español, dijo que los texoxes eran los culpables, porque[...] los había visto, que eran dos animales grandes, uno blanco y otro negro[...] y que además halló el rastro de las pisadas de los dichos animales que eran como las de dos perros grandes[...]”.

Miñonis (1988, 1988: 39) sugiere como fuente de inspiración para los textos de Asturias una versión del mito que proviene de una leyenda surgida en el siglo XVI: “[...] un cohetero se negó a regalar cohetes para la fiesta de la Inmaculada Concepción. El primer cohete encendido durante los festejos cayó sobre la tienda del cohetero y la incendió. Este salió, pero convertido en perro-Cadejo”. Pese a que Asturias nunca menciona perros en *Leyenda del Cadejo*, el conflicto entre la religión católica y el pensar precolombino, que bien puede relacionarse con el personaje que describe Miñonis, aparece como un eje temático en el cuento de Miguel Ángel Asturias.

2. Leyenda del Cadejo de Asturias

La *Leyenda del Cadejo* de Asturias inicia con un epígrafe que, al asociar el Cadejo con el cabello enredado, subraya

el origen etimológico español de la palabra: “Y asoma por las vegas el Cadejo, que roba mozas de trenzas largas y hace nudos en las crines de los caballos” (Asturias, 1957: 34). Entonces, resulta claro que la interpretación de Asturias pone énfasis en el conflicto (un enredo) entre creencias precolombinas y cristianas. Eladia León Hill sugiere que la leyenda mezcla “supersticiones de creencias indígenas con el concepto del diablo tentador” (Hill, 1972: 52). También Miñonis (1988) constata que: “[...] hay dos núcleos temáticos significativamente vastos que se presentan en la *Leyenda del Cadejo*; la tradición maya-quiché, encarnada en un brujo, el hombre-adormidera, frente a la cristiana que representa la Madre Elvira de San Francisco, fundadora del convento de Santa Catalina en Antigua, Guatemala, hacia 1606. El enfrentamiento entre ambas culturas es una de las tantas manifestaciones de Eros, del diablo[...] la monja, al cortarse la trenza, se libera del asedio ‘maligno’ del hombre-adormidera” (Miñonis, 1988: 39). El comentario de Miñonis parece sugerir que la leyenda, en Asturias, documenta la derrota de las creencias y supersticiones precolombinas y el triunfo de la iglesia católica española.

El hombre-adormidera reaparece a la medianoche convertido en el Cadejo¹ al estilo del diablo, que es el enemigo de Dios en la tradición judeocristiana, después de morir en el momento en que Elvira corta su bella trenza y él mismo queda transformado en un ‘reptil sin cabeza’ (Asturias, 1957: 38). Es importante subrayar que el hombre-adormidera, en su aspecto original, ya tenía algo de chivo diabólico y del brujo precolombino, es decir del hombre-adormidera o el hombre dorado: “Como fantasma se iba apareciendo al cesar sus pasos de cabrito; el sombrero en la mano, los botenines

pequeñines, algo así como dorados” (Asturias, 1957: 35). Al reconocer la tentación sexual natural, que representa el hombre-adormidera, y al decidirse a cortar su trenza –símbolo de su belleza natural que viene de sus antepasados precolombinos– Elvira está quemando los puentes con su vida anterior para dedicarse al servicio del Dios español.

Por otra parte, la decisión de Elvira de cortarse la trenza –símbolo que la une al mundo físico y sus tentaciones sexuales– puede interpretarse de la manera opuesta; Prieto (1993: 59), sugiere que la acción decisiva de Elvira se relaciona con la posibilidad de que los guatemaltecos puedan liberarse de la represión colonial española. Prieto deja ver que la manera en que Asturias describe el ambiente tranquilo de la ciudad logra evocar discordancias internas y externas: el autor comienza identificando elementos con su esencia: “el cielo olía a cielo” y termina comparándolos con cosas que no tienen nada en común: “el caballo olía a rosal viejo” (Asturias, 1957: 35). Según Prieto, la técnica literaria que utiliza Asturias sugiere que la unión forzada no puede durar:

This message is clearly voiced in Elvira’s actions: ridding herself of her braid is not without suggesting that humankind has the means to free itself from the yoke that binds it, no matter how oppressive it might be, and is a conspicuous allusion to the possibility of overcoming Spanish repression of Indian culture (Prieto, 1993: 59).

Si apoyamos la interpretación de Prieto, que parece oponerse al mensaje exterior del texto mismo, resulta importante mencionar que el hombre-adormidera, antes de su transformación diabólica, le parece a Elvira un

Cristo que se transforma en murciélago² el cual es una negación del mundo natural que puede simbolizar los malos efectos que tendrá la influencia del reino español sobre la cultura centroamericana.

El Cadejo de Asturias, por haber nacido de la derrota de los instintos naturales y por representar la diabólica figura de un cabro/murciélago, sigue ejemplificando la fuerza vital, aunque peligrosa, que pueden tener raíces ‘naturales’ precolombinas en diálogo con el discurso español colonial. Carlos Marroquín nota que, según Claude Levi-Strauss, el mito es una suerte de “recherche du temps perdu” (Levi-Strauss, 1958: 225) y añade que:

[...] en el caso de Asturias, el mito se propone efectivamente echar luz sobre el principio de una tradición cultural precolombina, basándose en los logros de la antropología, la arqueología y la historia de las religiones mesoamericanas (Marroquín, 1994: 82).

3. Los perros mágicos de los volcanes

A diferencia de *La Leyenda del Cadejo* de Asturias, donde el Cadejo nace de la tentación sexual, que viene del infierno y alude al diablo, *Los perros mágicos de los volcanes* de Manlio Argueta describe a los Cadejos como seres buenos que protegen al campesino y a sus niños:

1. El cual “es un animal largo[...] con cascos de cabro, orejas de conejo y cara de murciélago” (Asturias, 1957: 38).
2. Símbolo del mal latente que representa la iglesia católica para la cultura centroamericana y, también, símbolo del personaje contradictorio, de este hombre que parece apoyar a Cristo pero que tiene otra realidad interior. En su opinión, el hecho de que Elvira se corte la bella trenza parece ser una tragedia (cfr. Asturias, 1957: 36-37).

En los volcanes de El Salvador habitan perros mágicos que se llaman Cadejos. Se parecen a los lobos, aunque no son lobos. Y tienen el donaire de venados, aunque no son venados. Se alimentan de las semillas que caen de las campanulas, esas lindas flores que cubren los volcanes y parecen campanitas. La gente que vive en las faldas de los volcanes quiere mucho a los Cadejos. Dice que los Cadejos son los tataranietos de los volcanes y que siempre han protegido a la gente del peligro y la desgracia. Cuando la gente de los volcanes viaja de un pueblo a otro, siempre hay un Cadejo que las acompaña. Si un cipote está por pisar una culebra o caerse en un agujero, el Cadejo se convierte en un

de plomo de Don Tonio y los Cadejos, los soldados pueden vestir uniformes con charreteras de plata, ir a fiestas y hacer obedecer a quien esté bajo sus órdenes. Estos soldados (que verdaderamente son juguetes) tratan, en un primer intento, de matar a los Cadejos mientras duermen en las faldas de los volcanes, pero no logran hacerlo porque éstos tienen la capacidad de hacerse transparentes. Después, los soldados tratan de malograr la comida de los Cadejos para que se mueran de hambre, al pisotear las campanulas y aplastar sus semillas. Entonces, los Cadejos piden ayuda a sus tatarabuelos los volcanes quienes, al calentarse, derriten a los soldados de plomo. De

dados de plomo y el ejército del gobierno militar.

4. Perros/Cadejos en *El señor Presidente* y *Un día en la vida*

A continuación examinaremos brevemente las imágenes de perros en *El señor Presidente* de Miguel Ángel Asturias y *Un día en la vida* de Manlio Argueta, con el fin de clarificar las diferentes perspectivas semánticas de los Cadejos, mostrando cómo ambos textos refieren una función de protesta contra las injusticias sociales a partir de dos visiones opuestas sobre los efectos que tienen las creencias precolombinas en la vida de las sociedades.

4.1 *El señor Presidente*

Aunque en el contexto de la novela *El señor Presidente* no se menciona de manera directa a los perros, cuya forma física tomaban tradicionalmente los Cadejos, parecen evocar la derrota de los aspectos positivos del 'perro de las montañas'.

Tradicionalmente el perro ha sido el símbolo de la fidelidad para el ser humano, su compañero y guía. Cirlot (1962: 80) sugiere que el perro es un símbolo cristiano como: "[...] un cura que guía a sus feligreses". La iglesia al no poder proteger de la explotación a un sector de sus feligreses puede ser la razón por la cual Asturias en su *Leyenda del Cadejo*, lo describe como un monstruo satánico y no como un perro protector. El hombre-adormidera finge ser un hombre al servicio de la iglesia, aunque no es sincero; pues para él recoger las hostias del convento y llevarlas a otros lugares significaba un empleo y no una tarea sagrada.

Entonces aparece, dentro de la poética de ambos textos, la constante que buscamos; por un lado los Cadejos no están presentes en la novela, por el otro la iglesia no protege a nadie de la per-

Cirlot (1962: 80) sugiere que el perro es un símbolo cristiano como: "[...] un cura que guía a sus feligreses". La iglesia al no poder proteger de la explotación a un sector de sus feligreses puede ser la razón por la cual Asturias en su *Leyenda del Cadejo*, lo describe como un monstruo satánico y no como un perro protector.

soplo de viento que lo desvía del mal paso (Argueta, 1995: 223).

El Cadejo también ayuda a los trabajadores:

Si un anciano se cansa de tanto trabajar bajo el sol ardiente, un Cadejo lo transporta a la sombra de un árbol cercano. Por todo esto, la gente de los volcanes dice que si no fuera por la ayuda de los Cadejos, no hubiera podido sobrevivir hasta hoy en día" (Argueta, 1995: 224).

Desgraciadamente Don Tonio y sus trece hermanos –dueños de la tierra de los volcanes– no gustan de los Cadejos y dicen que hechizan a la gente y la hacen perezosa (Argueta, 1995: 224). En la batalla entre los soldados

esta manera, la naturaleza salvadoreña y sus tataranietos, los Cadejos ayudan a los campesinos protegiéndolos de las autoridades civiles y de los terratenientes. Como los Cadejos salvadoreños encuentran sus orígenes en los mitos precolombinos, Argueta alaba la buena influencia que tienen estas creencias para el salvadoreño. Sugiere, así pues, que la salvación para el campesino salvadoreño reside en su propia tierra, que lo protegerá de las opresiones extranjeras.

Si consideramos el punto de vista de la mayoría de las novelas de Argueta, en las que se describe las injusticias que sufre la gente salvadoreña durante la guerra civil, pueden establecerse paralelos entre los Cadejos y las fuerzas revolucionarias; así como entre los sol-

secución. Los mendigos que pasan sus vidas durmiendo en el vestíbulo de la iglesia no reciben la eucaristía. 'El Portal del Señor' es el lugar de ejecución del Pelele porque la policía secreta sabía que estaría allí como siempre. La Iglesia es el escenario donde la policía busca a otros mendigos para poder torturarlos hasta que den testimonios falsos que apoyen acusaciones falsas (como hizo en el pasado la Inquisición de la Iglesia Católica).

Los conceptos de 'pastor', 'guardián' y 'amigo fiel', que muchas veces se asocian tradicionalmente a perros y seres humanos buenos, no existen en el reino del Presidente. La palabra 'perro' pierde todo valor positivo y trascendental, y es sinónimo de 'ser inferior'. Se asocia metafóricamente con las víctimas humanas que sufren persecución a manos de las autoridades. Los desafortunados que no disfrutaban del favor del Presidente representan un nivel de vida más bajo que los perros callejeros. Los mendigos que viven en 'El Portal del Señor', "[...] avaros de sus desperdicios[...] preferían darlos a los perros antes que a sus compañeros de infortunio" (Asturias, 1968: 176). Además, resulta significativo que el Pelele –quien goza de una vida espiritual bastante rica a pesar de su locura y su pobreza– vive como un perro. "El grito largo, sonsacado, sin acento humano, del Pelele es acompañado por el ladrar de los perros callejeros" (Asturias, 1968: 176). Los otros mendigos tienen miedo de compartir el destino de los perros callejeros. En la estación de policía donde las autoridades esperan recibir los testimonios falsos, los desafortunados tienen miedo de que "[...] los (vayan) a hacer jabón de coche, como a los chuchos, o a degollarlos para darle de comer a la policía" (Asturias, 1968: 182).

Después de haber asesinado al coronel Parrales, porque el representante

de la autoridad insultó a la madre muerta, el Pelele corre "[...] medio en la realidad, medio en el sueño [...] perseguido por los perros [...] Cayéndose en un montón de basura [...] como el que por fin llega a su cama", él se queja "[...] quedito y recio, quedito y recio como perro herido[...]". Pensando en su madre muerta, imagina que "[...] se llevan los santos de la iglesia y los va a enterrar[...] qué alegre [...]". El cementerio es más alegre que la ciudad" (Asturias, 1968: 189). El Pelele afirma que los espíritus buenos y los guías espirituales no pueden sobrevivir en la sociedad del Presidente.

Como los santos que salen de la iglesia para hallar refugio en el cementerio, el Pelele toma el tren para

[...] alejarse velozmente de la ciudad [...] buscando hacia las montañas que hacían carga-sillita a los volcanes, más allá de las torres del inalámbrico, más allá del rastro, más allá de un fuerte de artillería, volován relleno de soldados" (Asturias, 1968: 189-90).

De la misma manera en que los santos se quedan dentro del cementerio en la ciudad, el Pelele no tiene éxito al escapar de la ciudad, porque el tren tiene un recorrido circular, y vuelve "[...] al punto de partida como un juguete preso de un hilo" (Asturias, 1968: 190). La naturaleza protectora que representan los volcanes y las montañas (que también se describe en *Los perros mágicos de los volcanes* de Manlio Argueta) sigue existiendo fuera del ambiente urbano pero el Pelele no puede alcanzarla. Aunque el tren pudiera liberarlo, representa la promesa falsa de la tecnología que lo deja justo donde comenzó.

El cuerpo del Pelele, que antes tenía el aspecto de un perro herido perseguido por otros perros hostiles, es descubierto por el perro del leñador. Este

perro bueno siente la presencia escondida de Cara de Ángel, como si fuera el diablo (*cf.* Asturias, 1968: 194). El leñador pobre, pero honrado, nunca hace pregunta alguna sobre el estado del universo que incluye el reino del Presidente, por lo que irónicamente él percibe a Cara de Ángel (el favorito del Presidente) como 'un ángel' (Asturias, 1968: 195) en el basurero. Al regresar a la casa, el leñador aparta friamente al perro que trata de saludarle con entusiasmo. Esta actitud dominante y la sugerencia, hecha con anterioridad, de que es bueno pegarle a su mujer algunas veces porque le hace bien (*cf.* Asturias, 1968: 196), nos hace pensar en las calidades comunes que comparte el leñador bueno con el Presidente malo.

A pesar de que el valor simbólico, que por tradición perteneció a los perros, haya disminuido en la sociedad del Presidente, éstos todavía sirven como guardias. Mientras Cara de Ángel elabora sus planes para ver al General Canales, organizar su huida de la ciudad y secuestrar a su hija Camila, "[...] todo le parecía fácil antes que ladraran los perros en el bosque monstruoso que separaba al Señor Presidente de sus enemigos" (Asturias, 1968: 207). No está claro si los que ladran son los perros extranjeros que el Presidente ha importado o los perros callejeros viviendo de sobras de la tierra, que amenazan a Cara de Ángel por estar aliado con las fuerzas de opresión.

Mientras que el Pelele se queja "[...] quedito y recio como un perro herido" (Asturias, 1968: 220) al ver a sus asesinos en las escaleras de la catedral, que conducen al palacio del arzobispo. La presencia de la policía secreta en los alrededores de la iglesia sugiere como la institución religiosa procura más bien enriquecerse que proteger a la gente que sufre. El espíritu cristiano

todavía sobrevive en los santos, representados en los vitrales:

[...] los ojos de un santo ayudaban a bien morir al infortunado y en el momento en que su cuerpo rodaba por las gradas, su mano, con esposa de amastita, le absolvía abriéndole el reino de Dios (Asturias, 1968: 220).

La muerte del Pelele –el perro humano perseguido– irónicamente aparece como la afirmación de que para los pobres la única manera de trascender la opresión y la injusticia es por medio de la muerte y la fe en Dios.

A diferencia de su valor tradicional, las imágenes de perros en *El Señor Presidente* comienzan a aplicarse incluso a las personas más infieles. Fedinas Rodas es torturada y vendida a una casa de prostitución por las autoridades porque ella no quiere dar testimonio falso contra el General Canales. La noche anterior a su tortura, compara a su marido con un perro y con un ‘diablo de hombre’ porque regresa a la casa como sonámbulo, con la cola entre las patas (Asturias, 1968: 227). Desgraciadamente su marido, de mala conciencia, parece un perro malo; pues guarda silencio después de haber sido testigo del asesinato del Pelele por la policía secreta, una organización en la cual él busca empleo. Tampoco Rodas tiene la lealtad tradicional de un perro bueno, porque abandona a su esposa después de su encarcelamiento.

El general Canales, después de haber sido acusado falsamente, se transforma de un hombre “[...] con porte marcial en un animal perseguido que tiene que arrastrarse, seguir a su casa por el suelo, ayundándose de las manos, de los codos” (Asturias, 1968: 230-231). Si pensamos en la significación del Cadejo-perro en la mitología centroamericana, la postura de

perro que asume el general puede ser un signo positivo para el futuro. Mientras el Pelele no tiene éxito al intentar escaparse de la ciudad, Canales logra huir al campo y a las montañas donde reúne un ejército revolucionario para luchar contra el Presidente. El perro aterrorizado de la ciudad se convierte, en el campo, en perro feroz que lucha contra la injusticia y la opresión.

Desgraciadamente, el hermano del General Canales no tiene el mismo sentido de indignación frente a los abusos del Presidente. Como si fuera símbolo de su apoyo al Presidente y su denuncia a su hermano, su perro, Rubí está atado (*cf.* Asturias, 1968: 270) cuando Cara de Ángel llega a su casa. Como respuesta al perro que sigue ladrando “de tan iracundo cancerbero” (Asturias, 1968: 270), Cara de Ángel constata que el perro “[...] sigue siendo el alma de la casa, como en los tiempos primitivos, la defensa de la tribu” (Asturias, 1968: 271). Añade que el Presidente tiene una jauría de perros importados símbolo de mercenarios extranjeros que importa para protegerse e infligir sufrimiento sobre el pueblo nativo (Asturias, 1968: 271).

Aunque no quedan seres humanos en la ciudad que tengan un sentido de fidelidad, todavía hay algunos perros nativos. Cuando Camila busca amparo en la casa de su tío, después de que la casa de su padre ha sido destruida, nadie contesta su llamada a la puerta. El animal –el perro Rubí–

[...] es el único que da señales de vida en toda la casa. Como si tratara de implorar que sus dueños humanos fueran a la puerta, su ladrar se oye cuándo en el zaguán, cuándo en el patio (Asturias, 1968: 295).

Abandonada por sus parientes ricos, Camila camina por la calle mien-

tras perros callejeros persiguen a las perras “[...] jadeantes, con los ojos enardecidos y la lengua afuera” (Asturias, 1968: 300), como símbolos de la vulgar sexualidad que ha reemplazado al amor en la sociedad del Presidente. Otro perro pasa “[...] renqueando, con la cola entre las patas, y apenas si vuelve a mirar, melancólico y medroso, para enseñar los dientes” (Asturias, 1968: 300) como metáfora de la postura de los ciudadanos humanos que no pueden fiarse de nadie en este ambiente hostil y traicionero; que más bien tienden a aislarse y protegerse por sus propios medios.

Cuando no puede dormirse, Cara de Ángel se da cuenta de que está encerrado entre “[...] la trompeta del fonógrafo de esta vecindad, y los perros de la casa de allá atrás, que oyen la voz del amo” (Asturias, 1968: 313). Los perros vecinos que reflejan el logo del fonógrafo importado de Norteamérica (oyendo la voz del amo) sugieren, metafóricamente, la invasión de la cultura del vecino poderoso del norte que suprime la distinción entre la naturaleza y la representación, lo nativo y lo extranjero. La canción que cantan las prostitutas de la casa de Doña Chon para el bebé muerto de la señora Rodas es una premonición del trágico final de Cara de Ángel, castigado por estar ‘despierto’ y reconocer la naturaleza diabólica del Presidente: “Dórmite, niñoito, cabeza de ayote, que si no te dormis te come el coyote” (Asturias, 1968: 325). El Presidente es el coyote, el Cadejo malo.

En el campo, el poder regenerador y positivo de la naturaleza que apoya al General Canales se compara con un perro: “El paisaje estrellado le seguía las carreritas de lagartija como perro fiel moviendo en el silencio nocturno su cola de sonidos: ¡chiquirín!, ¡chiquirín!, ¡chiquirín!” (Asturias, 1968:

358). Los cantos de los pájaros que se mezclan con la imagen del perro/paisaje estrellado proclaman que el perro del campo conserva su valor simbólico de guardián fiel y vencedor de invasores malignos.

Desgraciadamente los perros de la ciudad siguen siendo esclavos dominados por las fuerzas oscuras y diabólicas del Presidente que se modela sobre las actitudes del dios precolombino Tohil, que “[...] exige sacrificios humanos y que asienta su gobierno sobre hombres cazadores de hombres”. Por otra parte, un general sin nombre le llama: “[...] amo de perros, porque sus generales deben seguir escuchando la voz del amo” (Asturias, 1968: 434-435). A pesar de que Cara de Ángel tiene planes para huir del país con su esposa Camila, Farfán es el ‘perro’ del Presidente que lo detiene y lo encarcela, aunque éste le había salvado de la persecución del Presidente antes (cfr. Asturias, 1968: 444).

Si el Presidente y sus perros siguen el camino simbólico de las leyendas antiguas centroamericanas, la cadena de imágenes de los perros en *El Señor Presidente* indica que quienes se asocian con el Presidente son la encarnación del Cadejo diabólico, en el que se convirtió el hombre-adormidera, de la *Leyenda del Cadejo*. La cultura descrita en *El Señor Presidente* es aplastada por una dictadura que finge modelarse tanto por las costumbres crueles de una sociedad aborígen antigua, como por los consejos o exigencias de un poderoso vecino extranjero.

4.2 Un día en la vida

En *Un día en la vida*, los Cadejos malos y buenos aparecen de manera diferente a los de *El Señor Presidente*. Lupe dice que con “[...] el Cadejo malo dan hasta ganas de orinar, sólo mirándolo” (Argueta, 1980: 29). Por otra parte, el Cadejo bueno se describe

**Si pensamos en la
significación del Cadejo-
perro en la mitología
centroamericana, la postura
de perro que asume el
general puede ser un signo
positivo para el futuro.**

como un perro grande que le advierte del peligro en el camino, como el chinchintora que la espera más adelante: “[...] sabía que no era un chuchito y no sintió ningún miedo. Entonces resuelve que era el Cadejo bueno pues éste no transmite miedo a las personas sino una especie de confianza” (Argueta, 1980: 29). Lupe hace un paralelo entre el Cadejo bueno y la voz de la conciencia. Su marido José (Chepe) que es líder revolucionario de la comunidad, también se describe como su conciencia (Argueta, 1980: 142). Por medio de este elemento común se establece una asociación metafórica entre el Cadejo bueno y las fuerzas revolucionarias que luchan contra injusticias sociales. El Cadejo bueno advierte al pueblo campesino de las culebras peligrosas; así que José y otros revolucionarios de la comunidad tratan de hacer ver al pueblo de las injusticias sociales. Los curas viejos, con su discurso tradicional (a diferencia de los curas jóvenes que apoyan la teología de la liberación, son más bravos que un chinchintora (Argueta, 1980: 34) así como “[...] los caporales de las fincas son los más culebras[...] siempre están orejeando para los dueños de las fincas” (Argueta, 1980: 54).

Argueta subraya que los mitos campesinos (como el del Cadejo) tienen un papel en la lucha por una sociedad justa. Adolfin, nieta de José e hija de

Helio Hernández (un líder campesino asesinado por las autoridades) constata que su padre “[...] creía en el duende, el cipitío, la siguanaba, el Cadejo” (Argueta, 1980: 120). Adolfin nota que los campesinos pueden vivir pese a ‘esos temores’ debido a “[...] la lucecita de esperanza que está encendida en uno, quizás. A diferencia de su abuelo José que le dice que esas cosas no existen” (Argueta, 1980: 120), ella hace ver que “[...] lo desconocido impulsa siempre a buscar la verdad [...]”. Esos misterios hacen vivir y también la materia: arroz, maíz, sal, la tortilla y la esperanza” (Argueta, 1980: 120). A pesar de su constatación que el mundo espiritual no existe, Lupe recuerda que a José le gustaba mucho contarle a la gente su encuentro cuando era más joven con la siguanaba (un espíritu malo que tomó la forma de una mujer bellísima (Argueta, 1980: 150-53). A pesar de su actitud realista, el encuentro sobrenatural que tuvo José simboliza como un ser humano normal puede ser capaz de vencer a las poderosas fuerzas oscuras.

Aunque no es un ‘animalote’ como el Cadejo bueno, el perrito Pijiriche tiene las mismas cualidades de guardián y protector que tiene el otro. Como el Cadejo bueno, el Pijiriche reconoce ‘chinchintoras’ cuando llegan a la casa de Lupe en la forma de las autoridades. Además de ladrar fuertemente, el perrito, indomable, orina en la bota de uno de las guardias que antes de hacerlo volar por los aires le da una patada, también le llama ‘chuchito cabrón’, tal como si fuera un verdadero cancerbero, enorme y brutal.

Al escuchar los gemidos de Pijiriche herido, Lupe piensa en lo que representa el pequeño perro para ella: “[...] ha sido mi compañía por más de cuatro años[...] es el juguete de los cipotes. Es el guardián[...], la sombra que

Argueta subraya que los mitos campesinos (como el del Cadejo) tienen un papel en la lucha por una sociedad justa.

acompañar”. A diferencia de Pijiriche el guardián, las autoridades (la guardia nacional) son “[...] los únicos culpables de las cosas malas que pasan”. Lupe subraya la falta de respeto que tienen las autoridades para los campesinos: “[...] si hasta nuestros chuchos aguacateros quisieran hacer leña” (Argueta, 1980: 89 y 90).

Un capítulo entero de *Un día en la vida* alaba a los perros como los amigos y los guardias verdaderos de la humanidad:

“El chucho es mi hermano. El chucho me cuida en las noches cuando me quedo solo con los cipotes[...]. Son cincuenta siglos de chuchos desde cuando andaba nuestro señor acompañado de gente pobre[...]. Los chuchos del señor. El chucho es mi hijo, mi hermano, mi primo, mi tío, mis abuelos, mis sobrinos, mis tíos abuelos y mis sobrinos-nietos, bisnietos, y tataranietos... Sin chucho no hay familia, es la verdad. El chucho es nuestro amo[...] estamos vivos por vos, porque vos no dejás que pase nada; estamos vivos por vos, porque mordés a nuestros enemigos, nos libráis de nuestros enemigos acechantes y de todo mal[...]. Los chuchos tienen algo de nosotros. Algo de Dios [...]. Los chuchos no pegan la rabia. Es uno que la lleva adentro y que se le pueden desatar cuando se unta la enemistad del chucho con la sangre del hombre[...]. Chuchos les decimos a nuestros peores enemigos, pero no se lo merecen pues el chucho es amigo del cristiano” (Argueta, 1980: 97-99).

Todo lo que dice Lupe acerca de los perros (chuchos) refleja las cualidades

de *Los perros mágicos de los volcanes* (Argueta, 1995) que pueden identificarse como los Cadejos buenos.

Mientras las autoridades esperan la llegada de Adolfin, Lupe nota “[...] un silencio de chuchos furiosos que procede de la pelea de chuchos y gatos entre el sol y las nubes”. La hora es ‘la hora del diablo’ (Argueta, 1980: 107) –la hora del Cadejo malo. A diferencia del simbolismo tradicional europeo, el sol se asocia con el diablo, como entidad que produce calor ‘infernal’. El perrito herido, indómito representa el poder colectivo de la comunidad que lo protege. Cuando los guardias se ponen nerviosos debido a la presencia de Lupe, refiriéndose a ella como ‘esta vieja puta’ y Pijiriche como ‘ese chucho aguacatero’, quieren (zamparle) un balazo (Argueta, 1980: 107). En este momento, la hora del diablo parece terminarse, por medio de la naturaleza misma. Con la sombra inesperada llega un frío milagroso que protegerá del sol diabólico en la carretera a los nietos de Lupe (Argueta, 1980: 107). Llegan los niños y el perrito sale corriendo, triunfante, alegre, hacia ellos. Semejante a la intervención de los volcanes en *Los perros mágicos de los volcanes*, la naturaleza declara que el pueblo vencerá.

Adolfin y su abuela acompañan a las autoridades a ver el cuerpo de un ‘desconocido’ que ha sido torturado por los “vampiros [...] asesinos de mierda” hasta dejarlo como “un pedazo de carne mordido por los perros” (Argueta, 1980: 154). Aunque reconoce el cuerpo casi muerto de su marido, Lupe no dice nada, porque ella piensa en lo que José le había dicho antes: “[...] si a mí

me toca derramar la sangre, mi sangre, no importa, si es por el bien de todos[...]. La conciencia, me dice, es sacrificarse por los explotados” (Argueta, 1980: 141). Entonces, Lupe cae en cuenta de que Chepe, más que cuerpo humano, es el espíritu de la comunidad:

“[...] él siempre está pensando en los demás[...]. Por ese espíritu de solidaridad es bien querido por la gente. Ya saben que él siempre está dispuesto a sacrificarse por los demás[...]. Esta manera de ser, es la conciencia, me dice[...]. Yo digo: Chepe es mi conciencia” (Argueta, 1980, 141-42).

Como el Cadejo Bueno (cfr. Argueta, 1980: 27), José representa la voz de la conciencia de su pueblo que le inspira a tomar el buen camino, a no convertirse en víctima de las culbras malas.

Conclusión

Hagamos un balance de los significados de los Cadejos y de su papel dentro del contexto de protesta contra las injusticias sociales.

El Cadejo malo, que demerita las capacidades humanas de conciencia y reacción mediante el terror que infunde, metafórica el declive, tanto moral como espiritual de la sociedad urbana, donde el sistema de producción que se basa en el engaño y la explotación gobierna el destino de cada ciudadano, despojándolo de su individualidad. El Cadejo bueno, por otra parte, representa al espíritu regenerador de la naturaleza. Los campesinos que pueblan, tanto las novelas como los cuentos de Argueta tienen fe en la naturaleza y la comunidad humana. Sus mitos y sus creencias en el sagrado espíritu colectivo de su comunidad los protegen del peligro y les dan

un sentido del ritmo eterno que sobrevive a la muerte del individuo.

Los ciudadanos de la selva urbana descrito por Asturias –o en el contexto de la sociedad colonial del siglo XVI (*Leyenda del Cadejo*) o de la dictadura militar del siglo XX (*El Señor Presidente*)– viven en un mundo falaz, donde todo es una representación alterada de acuerdo con las exigencias del mismo sistema. Mientras que los Cadejos no se mencionan directamente en *El Señor Presidente*, hay dos manifestaciones del espíritu extinto del Cadejo bueno: el Pelele (este perro/ser humano perseguido que grita por el consuelo de su madre muerta) y los perros buenos atados (como Rubí, cuyo nombre sugiere una piedra preciosa). Además de asociarse con la persecución y la tortura inhumana del Presidente malo, el espíritu del Cadejo malo tiene su aspecto más espantoso cuando toma la forma de un rumor falso – una fuerza psicológica negativa– que destruye la esperanza que tienen el Coronel Canales y Cara de Ángel.

En contrapunto los Cadejos buenos predominan sobre los Cadejos malos



en las obras de Manlio Argueta, porque los campesinos no se dejan vencer psicológicamente. Las autoridades pueden torturar, mutilar, incluso asesinar a José y a Justino (junto con otros miles de revolucionarios que luchan contra la injusticia) pero no tienen éxito en destruir sus espíritus y lo que significan para su comunidad. Es-

tos héroes se convierten, simbólicamente, en los Cadejos buenos, en la conciencia de su pueblo, que les advierte de peligros y que les transmite una especie de confianza en su capacidad de vencer las fuerzas del mal. Argueta sugiere que las creencias tradicionales en fuerzas misteriosas que tienen los campesinos les ayudan a sobrevivir en el contexto del mundo físico y les sirven como ejemplos en su lucha contra los monstruos de la opresión, y la injusticia.

El Señor Presidente tuvo éxito en quebrar los espíritus del General Canales y Cara de Ángel porque, a pesar de que a final de cuentas tienen buenas intenciones, eran hombres aislados que no tenían el apoyo del alma colectiva de su sociedad porque ésta ya había sido destruida. Si 'Cadejo' quiere decir 'conciencia', entonces los Cadejos malos pueden ser representaciones mitológicas de las disfunciones del ser humano urbano que ha perdido su fe en el espíritu regenerador de la naturaleza y en el poder colectivo de la comunidad.

OBJE

Bibliografía

- Argueta, M.
_____ (1995). "Los perros mágicos de los volcanes", *Mundo 21*. Lexington, Massachusetts, Toronto: D. C. Heath and Company,
_____ (1980). *Un día en la vida*. Biblioteca básica de literatura salvadoreña, UCA Editores, San Salvador.
- Asturias, M. A.
_____ (1957). *Leyenda del Cadejo. Leyendas de Guatemala*. Editorial Losada, S.A. Buenos Aires.
_____ (1968). *El Señor Presidente*. Obras Completas, Tomo 1. Aguilar, S.A. Madrid.
- Hill, E. L. (1972). "Lo ancestral en la función estética", *Miguel Ángel Asturias: lo ancestral en su obra literaria*. Eliseo Torres and Sons. New York
- Levi-Strauss, C. (1958). *Antropología estructural*. Plon, París.
- Marroquín, C. (1994). "El mito en el joven Asturias", *Cuadernos Hispanoamericanos*. No. 528, junio.
- Melara-Méndez, J. E. (1997). *El Cadejo. Mitología cuzcatleca: Los cuentos de mi infancia y otros*. Clásicos Roxsil. Santa Tecla, El Salvador.
- Miñonis, J. J. (1988). "Discurso mítico en Leyendas de Guatemala", *Escritura*. XIII, 25-46, enero-diciembre, Caracas.
- Oviedo, Fernández de Gonzalo (1959). *Historia general y natural de las Indias* Tomo IV. Biblioteca de Autores Españoles (Atlas). Madrid.
- Prieto, R. (1993). "Leyendas de Guatemala", *Miguel Ángel Asturias's archeology of return*. Cambridge University Press. Cambridge.
- Zepeda-Henriquez, E. (1979). "El Cadejo: mito nicaraguense", *Nueva Estafeta*, Vol. 8, No. 7.